

fluencia de la raza aparece por todas partes, hasta en los menores objetos artísticos; nadie ignora cuán diferentes son entre ellos los de una y otra comarca de la India; no se necesita tener un ojo muy experto para distinguir un cofre de madera esculpida hecho en Misore de otro análogo hecho en Guzarate, ni para distinguir una alhaja fabricada en la costa de Orissa, de otra fabricada en Bombay.

La arquitectura india, como la de todos los pueblos de Oriente, es una arquitectura singularmente religiosa; pero por grande que pueda ser la influencia religiosa, sobre todo entre los pueblos orientales, mucho mayor es la influencia de las razas.

El alma de las razas que dirige los destinos de los pueblos, dirige, por ende, sus creencias, sus instituciones y sus artes, y la encontraremos en todo elemento de civilización que sometamos á nuestro estudio. Ella es la única potencia contra la cual no prevalecerá ninguna otra; ella representa la huella de miles de generaciones, la síntesis de sus respectivos pensamientos.

LIBRO III

La historia de los pueblos como consecuencia de su carácter.

CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO LAS INSTITUCIONES SE DERIVAN DEL ALMA DE LOS PUEBLOS

La historia de todo pueblo se deriva siempre de su constitución mental.—Ejemplos diversos.—Cómo las instituciones políticas de Francia se derivan siempre del alma de la raza.—Su invariabilidad real bajo su variabilidad aparente.—Nuestros partidos políticos más diferentes persiguen, bajo nombres diversos, idénticos fines.—Su ideal es siempre la centralización y la muerte de la iniciativa individual, en provecho del Estado.—Cómo la Revolución francesa no ha hecho más que ejecutar el programa de la antigua Monarquía.—Oposición del ideal de la raza anglosajona al de la raza latina.—La iniciativa de el ciudadano sustituye á la del Estado.—Las instituciones de los pueblos se derivan siempre de su carácter.

La historia, en sus líneas generales, puede ser considerada como la simple exposición de los resultados producidos por la constitución psicológica de las razas. Se deriva de esta constitución, como los órganos respiratorios de los peces son

una consecuencia de la vida acuática de estos animales. Sin el conocimiento previo de la constitución mental de los pueblos, su respectiva historia se nos aparece como un caos de acontecimientos regidos por el azar. Cuando el alma de un pueblo nos es conocida, su vida se muestra á nuestro conocimiento como la consecuencia lógica y fatal de sus caracteres psicológicos. En todas las manifestaciones de la vida de una nación encontramos siempre el alma inmutable de la raza tejiéndole sus destinos.

Es en las instituciones políticas donde se muestra mejor la soberanía del alma de los pueblos. Esto será fácil de probar con algunos ejemplos.

Fijémonos desde luego en Francia, es decir, en uno de los países del mundo que más hondos trastornos han experimentado en la marcha de su historia, donde las instituciones políticas parece que han cambiado radicalmente en el transcurso de pocos años, y donde parece que los partidos se hallan entre sí en la mayor divergencia de opiniones. Si consideramos desde el punto de vista psicológico estas opiniones, al parecer tan desemejantes, estos partidos en continua lucha, pronto nos convenceremos de que tienen realmente un fondo común idéntico que representa exactamente el ideal de nuestra raza. Intransigentes, radicales, monárquicos, socialistas; en una palabra: los defensores de las más diversas doctrinas persiguen, bajo títu-

los diferentes, un fin perfectamente único y común: la absorción del individuo por el Estado. Lo que todos quieren con el mismo ardor es el antiguo régimen centralizador y cesarista: el Estado, dirigiéndolo todo, absorbiéndolo todo, reglamentando aun los menores detalles de la vida del ciudadano y relevándolo así de tener que pensar en estos menesteres de la política y de mostrar iniciativa alguna. Nada importa que á la cabeza del Estado haya un rey, un emperador ó un presidente; el régimen, sea cual fuere, tendrá forzosamente el mismo ideal y este ideal es la expresión de sentimientos del alma de la raza (1), que excluye á todos los demás.

Así, pues, aunque nuestra extremada nerviosidad, nuestra facilidad para sentirnos malcontentos de lo que nos rodea y nuestra constante creencia de que un nuevo gobierno hará nuestra existencia más feliz, nos conduce á cambiar frecuentemente gobiernos é instituciones. La voz de los muertos que nos rige nos condena á no cambiar sino de palabras y apariencias.

Nada más contrapuesto al antiguo régimen que

(1) «Tal es—ha escrito un reflexivo observador, Dupont White—el singular genio de Francia: no es á propósito para triunfar en ciertas cosas necesarias ó deseables que afectan al ornamento ó al fondo de la civilización, si no es en tal empeño sostenida ó estimulada por su gobierno.»

el creado por nuestra gran Revolución, y en realidad ésta no ha hecho más que continuar la tradición de la vieja Monarquía, terminando la obra de centralización que aquélla venía realizando desde hacía siglos. Si Luis XIII y Luis XIV, saliendo de sus tumbas, viniesen á juzgar la obra revolucionaria, de seguro que, aunque reprobando ciertos procedimientos de violencia empleados en ésta, consideraríanla rigurosamente conforme á su tradición y su programa y reconocerían que un ministro que hubiesen ellos encargado de realizar una y otro, no los hubiesen realizado mejor. Dirían que el menos revolucionario de los gobiernos que ha tenido Francia fué precisamente el de la Revolución. Comprobarían además que, durante un siglo y algunos diversos regímenes que se han sucedido allí durante él, esta nación no ha podido variar aquella obra de centralización ¡que hasta ese punto se impone, por ser fruto de una evolución regular y la expresión del genio de la raza! Sin duda aquellos ilustres fantasmas, apoyados en su gran experiencia, harían algunas críticas y tal vez hiciesen observar que, reemplazando la casta aristocrática gubernamental por la casta administrativa, se ha creado en el Estado un poder impersonal más temible que el de la antigua nobleza; porque es el único que, escapando á la influencia de los cambios políticos, posee la fuerza de las tradiciones, un poderoso espíritu de cuerpo, la ausencia

de responsabilidad y la perpetuidad; es decir, una serie de condiciones que le llevan necesariamente á ser el solo dueño del país. Yo creo, en vista de esto, que los pueblos latinos, porque se cuidan poco de la libertad y mucho de la igualdad, soportan bien todos los despotismos, con la sola condición de que éstos sean impersonales. Acaso encontrarán excesivos y tiránicos los reglamentos innumerables, las mil trabas que el Estado opone aun á los actos más insignificantes de la vida, y harán observar que cuando el ciudadano haya sido despojado de toda iniciativa, nos encontraremos insensiblemente y sin necesidad de ninguna revolución, en pleno socialismo. Pero en ese caso las luces divinas, que esclarecen el pensamiento de los reyes, á falta de las luces matemáticas que enseñan que los efectos crecen en progresión geométrica cuando subsisten las mismas causas, les harán ver que el socialismo no es otra cosa que la expresión última de la idea monárquica, respecto á la cual la revolución sólo fué una faz acelerada.

Así, pues, en las instituciones de todo pueblo hallamos las circunstancias accidentales mencionadas al principio de esta obra y las leyes permanentes que hemos procurado determinar. Las primeras crean los nombres, las apariencias; las leyes fundamentales brotan del carácter de los pueblos y originan el destino de las naciones.

Al ejemplo que precede, tomado de la historia de la raza francesa, podemos oponer el de otra raza, la inglesa, cuya constitución psicológica tanto difiere de la del pueblo francés. Por este sólo hecho, sus instituciones se alejan radicalmente de las nuestras.

Ni que los anglosajones tengan un monarca á la cabeza del Estado, como en Inglaterra; ni que tengan un presidente, como en los Estados Unidos, su gobierno presentará siempre una misma característica fundamental: la acción del Estado será reducida al *minimum*, y la de los particulares al *maximum*, lo cual es de todo punto contrario al ideal latino. Puertos, canales, vías férreas, establecimientos de instrucción, etc., serán siempre establecidos y sostenidos por la iniciativa particular y nunca por el Estado (1). No hay revolución, ni constitución, ni despotismo que puedan darle á un pueblo las cualidades de carácter que él no posea, ni quitarle aquellas que poseyere y de las cuales se derivan sus instituciones. Se ha dicho repetidas veces que de los pueblos tiene cada uno el gobierno que merece... ¿Pero se puede concebir que tenga otro?

Demostraremos pronto con otros ejemplos que

(1) Esta preponderancia de la iniciativa individual se observa, sobre todo, en los Estados Unidos, porque en Inglaterra ha descendido mucho desde hace veinticinco años, que el Estado se va mostrando cada día más avasallador.

ningún pueblo puede sustraerse á las consecuencias de su constitución mental ó sólo consigue hacerlo de un modo harto efímero, como las arenas elevadas por el aire parece que se escapan á las leyes de la atracción. Es una pueril quimera creer que los gobiernos y las constituciones ejercen alguna influencia en los destinos de los pueblos. Es en los pueblos mismos donde se hallan sus propios destinos y no en las circunstancias exteriores. Todo lo que se puede pedir á un gobierno es que sea la expresión de los sentimientos del pueblo que está llamado á regir y del cual, por el solo hecho de existir, es la imagen. No hay, pues, gobiernos ni instituciones de los que se pueda con razón decir que sean absolutamente buenos ó absolutamente malos. El gobierno del rey de Daomey es, probablemente, un excelente gobierno para el pueblo daomeyano, y la más sabia constitución europea sería inferior para dicho pueblo. Esto lo ignoran, desgraciadamente, los hombres de Estado, que se figuran que un gobierno es cosa de exportación, y que las colonias pueden ser gobernadas con las instituciones propias de una metrópoli. Tanto valdría tratar de persuadir á los peces á que vivan en el aire, bajo pretexto de que la respiración aérea es la que tienen todos los animales superiores.

Por el hecho sólo de la diversidad de su constitución mental, pueblos diferentes entre sí no po-

drán subsistir mucho tiempo bajo un régimen común. Los irlandeses y los ingleses, los slavos y los húngaros, el árabe y el francés, no son mantenidos sino con gran dificultad bajo unas mismas leyes, y teniendo que sufrir revoluciones frecuentes. Los grandes imperios que han integrado pueblos diversos han sido condenados á una existencia efímera. Cuando han tenido alguna duración, como el del Mogol, primero, y luego, el de los ingleses, en la India, se ha debido: de una parte, á que las razas reunidas han sido tan numerosas, tan divergentes y, por lo mismo tan rivales, que no han podido ni imaginar reunirse contra el extranjero dominador; y de otra parte, porque sus dueños extranjeros han tenido un instinto político bastante superior, para respetar las costumbres de los pueblos dominados por ellos y dejarlos vivir bajo sus propias leyes.

Habría que escribir muchos libros y referir también toda la historia desde un punto de vista muy nuevo, si se quisiera mostrar todas las consecuencias de la constitución psicológica de los pueblos. Su estudio profundo debe ser la base de la política y de la educación; y de seguro que semejante estudio evitaría muchos errores y muchos trastornos, si los pueblos pudiesen escapar á las fatalidades de su raza, si la voz de la razón no estuviera siempre sofocada por la imperiosa voz de los muertos.

CAPÍTULO II

EXPLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS PRECEDENTES AL ESTUDIO COMPARADO DE LA EVOLUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y DE LAS REPÚBLICAS HISPANOAMERICANAS

El carácter inglés.—Cómo se ha formado el alma americana.—Duración de la selección creada por las condiciones de existencia.—Desaparición forzosa de los elementos inferiores.—Los negros y los chinos.—Razón de la prosperidad de los Estados Unidos y de la decadencia de las repúblicas hispanoamericanas, no obstante ser las instituciones de aquéllos y éstas iguales.—La anarquía forzosa de las repúblicas hispanoamericanas, como consecuencia de la inferioridad de los caracteres de la raza.

Las breves consideraciones que preceden muestran que las instituciones de todo pueblo son la expresión de su alma y que si le es dado cambiar la forma de aquéllas, no le es posible cambiar su fondo. Vamos á mostrar ahora, con ejemplos muy precisos, hasta qué punto el alma de un pueblo rige sus destinos y la poca influencia que ejerce en él las instituciones (1).

(1) El ilustre sociólogo inglés H. Spencer, había hecho caso omiso en sus obras de la influencia del carácter de los pueblos sobre sus destinos, y sus bellas síntesis teóri-

Tomaré dichos ejemplos de un país donde vivan, una junto á otra, dos razas igualmente civilizadas é inteligentes y no se diferencien más que por el carácter: voy á hablar de América. Esta se halla formada por dos continentes unidos por un istmo. La superficie de cada uno de estos dos continentes tienen casi la misma extensión y su suelo es muy semejante. Uno de ellos está dominado y poblado por la raza inglesa, el otro por la española. Las dos razas viven bajo constituciones republicanas semejantes, puesto que las repúblicas de la América del Sur han copiado sus constituciones de las de los Estados Unidos. No hay pues más razones para explicar la diferencia de sus destinos que la diversidad de las razas. Veamos lo que esta diversidad ha dado de sí.

cas le habían conducido á conclusiones muy optimistas. Se decidió, próximo á la vejez, á considerar la influencia fundamental del carácter, y ha tenido que modificar por completo sus primeras conclusiones, y ha llegado finalmente á sustituirlas por un fuerte pesimismo. Hemos hallado la prueba de esto en un discurso publicado poco ha sobre Tyndall, y reproducido luego en *Revue des Revues*. He aquí algunos de sus pensamientos: «... Mi fe en las instituciones libres, al principio, se ha visto en estos últimos años considerablemente disminuída... Retrogradamos hacia el régimen de la mano de hierro, representado por el despotismo burocrático, después por el despotismo militar que le sucederá, si de pronto este último no nos es bruscamente impuesto por una bancarrota social.

Resumiendo ahora en algunas palabras los caracteres de la raza anglosajona que ocupa los Estados Unidos, diremos que no hay en el mundo pueblo que sea más homogéneo, y del cual la constitución mental sea más fácil de definir en sus líneas generales. Siendo los aspectos más salientes de ella, desde el punto de vista del carácter, una suma de voluntad que muy pocos pueblos después del romano han poseído; una energía indomable, una iniciativa extraordinaria, un gran dominio de sí mismo, un gran sentimiento de independencia llevado hasta la insociabilidad, una actividad poderosísima, sentimientos religiosos muy arraigados y una idea muy pura del deber.

Desde el punto de vista intelectual no se pueden señalar allí líneas características particulares que no se puedan hallar en las otras naciones civilizadas. No hay en ellos nada más que notar, si no es un juicio seguro para asirse al lado práctico y positivo de las cosas y no extraviarse en quiméricas disquisiciones; una gran afición á los hechos y poco amor á las ideas generales; una cierta estrechez de espíritu que les impide ver los aspectos débiles de las creencias religiosas y pone, por tanto, las suyas á cubierto de discusiones.

A estas características generales es necesario añadir un optimismo completo respecto al hombre, cuyo camino le está bien determinado en la vida, y que ni supone que él quiera escoger otro mejor.

Él sabe siempre bien cuanto le exige la patria, la familia y Dios. Este optimismo empuja al yanqui hasta considerar despreciable todo lo extranjero. Pero este desprecio por los extranjeros y sus costumbres, en Inglaterra es mayor aún al que sentían los antiguos romanos en la época de su mayor grandeza, por los pueblos bárbaros. Es tal, que, tratándose de relaciones con extranjeros, toda regla de moral se olvida ó pierde su valor. No hay un hombre de Estado inglés que no considere como perfectamente legítimo en su conducta respecto á los pueblos extranjeros, actos que provocarían en todos los ingleses la más profunda indignación si se realizarán en otra parte respecto á sus compatriotas. El desdén hacia el extranjero es sin duda, desde el punto de vista filosófico, muy inferior, pero desde el de la prosperidad de un pueblo es de una utilidad extrema. Como ha hecho justamente observar el general inglés Wolseley, aquel sentimiento es uno de los que constituyen la fuerza de Inglaterra. A propósito de la resistencia opuesta por esta nación al establecimiento de un túnel bajo el Canal de la Mancha que, uniendo la Gran Bretaña al Continente, favoreciese las relaciones entre éste y aquel reino, se ha dicho que los ingleses ponen tanto empeño como los chinos en impedir que entre ellos penetre cualquiera influencia extranjera.

Los caracteres que hemos enumerado se hallan

en todas las capas sociales; no hay elemento de civilización inglesa en el cual no estén hondamente impresos. El extranjero que visita á Inglaterra, aunque sólo sea por pocos días, será pronto y con frecuencia sorprendido por la llamativa presencia de aquéllos. Verá cómo se cultiva y se impone el sentimiento de independencia, aun en el *cottage* del más modesto empleado, habitación estrecha, sin duda, pero al abrigo de las molestias del trato humano y aislada de toda vecindad; en las estaciones ferroviarias más frecuentadas, en las cuales circula el público, sin estar cercado de barreras como pudiera estarlo una manada de carneros y como si hubiese que lograr con este material impedimento la seguridad personal de gentes incapaces para encontrar en sí mismas la atención y el cuidado necesarios para no dejarse aplastar. Encontrará la energía de la raza lo mismo en el obrero sometido á duro trabajo que en el colegial que, abandonado á sí mismo desde los comienzos de su juventud, aprende á conducirse solo y adquiere la convicción de que nadie en la vida, sino él mismo se ocupará de su suerte; entre los profesores, que hacen un caso mediocre de la instrucción y se cuidan mucho del carácter, al cual consideran como una de las grandes fuerzas motrices del mundo (1). El visitante

(1) Encargado el príncipe Alberto por la reina Victoria de fijar las condiciones en que habría de adjudicarse anual-

verá, si pára su atención en la vida pública del ciudadano, que no es al Estado, sino á la iniciativa particular á la que se apela de continuo; que ésta se cuida de reparar las fuentes de una población, de construir puertos de mar ó caminos de hierro, etcétera. Prosiguiendo aquél sus observaciones, verá que este pueblo, no obstante sus defectos, que le hacen para el extranjero de todo punto insoponible, es el único verdaderamente libre que existe, porque es también el único que, habiendo llegado á saber gobernarse á sí mismo, no le ha dejado á sus gobernantes oficiales más que una limitadísima esfera de acción. Si se consulta su historia, se ve que es el primer pueblo que supo librarse de toda dominación, así de los reyes como de la Iglesia. En el siglo XV, el sabio legista Fortescue opuso á la ley romana, herencia de los pueblos latinos, la ley inglesa. La una, obra de principios absolutos y encaminada á sacrificar la individualidad; la otra, obra de la voluntad común y dirigida á proteger la personalidad.

mente un premio concedido por ella al colegio Welington, aquél acordó que se concediese, no al alumno más instruído, sino á aquel cuyo carácter se juzgase más elevado. En una nación latina el premio se hubiese adjudicado al alumno que mejor recitara trozos de sus libros. Toda nuestra enseñanza, incluso la que llamamos superior, consiste en hacer que los jóvenes reciten lecciones. Con esto se imprime en la juventud tal hábito, que continúa recitando el pensamiento ajeno durante toda su vida.

En cualquier lugar del Globo donde inmigre un pueblo semejante, preponderará en seguida y fundará un poderoso imperio. Si la raza dominada por él es, como los pielesrojas de América, por ejemplo, suficientemente débil y insuficientemente utilizable, será metódicamente exterminada. Si la raza habitante del país invadido es muy numerosa para que se la pueda exterminar, como sucede con la población de la India, y puede prestar además un trabajo productivo, será simplemente reducida por los invasores á un vasallaje muy duro y obligada á trabajar casi exclusivamente para ellos.

En un país nuevo, como América, es donde se pueden apreciar en toda su magnitud los admirables progresos debidos á la constitución mental de la raza inglesa. Si consideramos á los colonos de esta raza, que allá fueron transportados á regiones incultas, habitadas por algunas tribus salvajes y no teniendo más ayuda que la de sí mismos, se comprende hasta dónde ha llegado su esfuerzo. Les ha bastado á los anglosajones de América apenas un siglo para colocarse en lugar elevado entre las primeras potencias del Globo, y no es fácil que hoy pudiera ninguna luchar contra ellos en condiciones ventajosas. Recomendando la lectura de los libros de M. M. Roussier y Saul Bourget sobre los Estados Unidos, á las personas deseosas de darse exacta cuenta de la suma enorme de iniciativas y de energía individual rendidas por los ciudadanos

de la gran República. La aptitud de los hombres para gobernarse á sí mismos, para asociarse con el fin de fundar grandes empresas, erigir poblaciones, construir puertos, vías férreas, etc., se eleva á tal *máximum* de acción, y á la par la acción del Estado se reduce tanto, que hasta se podría con razón decir que allí no existen Poderes públicos.

Como no se puede prosperar en los Estados Unidos sino teniendo las condiciones de carácter que acabo de describir, no hay que esperar que la inmigración extranjera modifique el espíritu general de raza. Las condiciones de existencia son allí tales que quien no posea aquellas cualidades se halla condenado á desaparecer rápidamente. En tal atmósfera, saturada de independencia y de energía, sólo el anglosajón puede vivir. Allá, los italianos se mueren de hambre y los irlandeses y los negros vegetan en los empleos más subalternos.

La gran República es seguramente la tierra de la libertad, pero no lo es ni de la fraternidad ni de la igualdad: esas dos grandes quimeras latinas, que las leyes del progreso no reconocerán. En ninguna comarca del Globo ha hecho su centro como allá el brazo de hierro de la selección natural. Se muestra despiadada, en verdad; pero es justamente porque no conoce otra piedad más que la de que la raza formada por ella conserve su poder y su energía. No hay espacio para los débiles, los incapaces y los mediocres en el suelo de los Estados Unidos. Por

el solo hecho de ser inferiores; individuos aislados y razas enteras son allí condenados á perecer. Los pielesrojas, por haber venido á ser inútiles, han sido exterminados á tiros ó condenados á morir de hambre. Los obreros chinos, cuyo trabajo constituye una concurrencia ruinosa, sufrirán pronto una suerte análoga. La ley que ha decretado su total expulsión no ha podido aplicarse á causa de los gastos enormes que impone su ejecución (1). Será pronto reemplazada sin duda por una destrucción metódica, comenzada ya en muchos distritos mineros. Otras leyes han sido recientemente votadas para imposibilitar la entrada en el territorio americano de los emigrantes pobres.

En cuanto á los negros, que sirvieron de pretexto á la guerra de Secesión,—guerra surgida entre aquellos que poseían esclavos y otros que, no pudiendo poseerlos, no podían permitir que los poseyesen los demás—son tolerados porque permanecen vestidos en funciones subalternas, de las que repugnan ejecutar los ciudadanos americanos. Teóricamente los hombres de color tienen allí to-

(1) El 53 Congreso ha aplazado la ejecución de la ley Geary (*Chines exclusion act*), porque se ha probado que para repatriar 100.000 chinos es necesario gastar 30 millones de francos, cuando la suma consignada para ello en el presupuesto es de 100.000 francos.

dos los derechos; pero en realidad son tratados como animales útiles, de los cuales se desembarazan sus dueños cuando su conservación es peligrosa. Los sencillos procedimientos de la ley de Lynch son universalmente aceptados contra ellos.

Al primer delito que cometen se les mata á tiros ó se les ahorca. Las estadísticas, que no contienen más que una parte de las ejecuciones así llevadas á cabo, registran más de mil realizadas durante los últimos siete años.

Tales son, sin duda, los aspectos sombríos de aquel cuadro que por lo demás es sobrado brillante, para poder soportarles sin gran menoscabo. Si fuera necesario definir en pocas palabras la diferencia entre la Europa continental y los Estados Unidos, se podría decir que la primera representa el *máximum* de lo que puede dar de sí la reglamentación oficial reemplazando la iniciativa individual; y los segundos, el *máximum* de lo que puede dar de sí la iniciativa individual enteramente desprendida de toda reglamentación oficial. Estas diferencias fundamentales son exclusivamente consecuencias del carácter. No es por lo mismo en el suelo de los Estados Unidos donde el socialismo europeo encontrará nunca donde arraigar, no: última expresión éste de la tiranía del Estado, no prosperará sino entre los pueblos viejos, sometidos desde hace siglos á un régimen que les ha

quitado toda capacidad para gobernarse á sí mismos (1).

Acabamos de ver lo que ha producido en una parte de la América una raza poseedora de cierta constitución mental, en la que predomina la perseverancia, la energía y la voluntad. Ahora nos resta mostrar cómo ha venido á ser un país semejante en manos de otra raza muy inteligente, sí; pero que no posee ninguna de aquellas cualidades de carácter, de las que acabo de comprobar los efectos.

La América del Sur es, desde el punto de vista de sus producciones, una de las comarcas más ricas del Globo. Dos veces mayor que la Europa y diez veces menos poblada, la tierra allí abunda y se halla, por decirlo así, á disposición de todo el mundo. La población, en su mayoría de origen español, hállase dividida en numerosas repúblicas: Argentina, brasileña, chilena, peruana, etc. Todas han adoptado la constitución política de los Estados Unidos, y viven, por tanto, bajo leyes idénti-

(1) La América que acabo de describir es la de ayer y la de hoy, pero no es sin duda la de mañana. Veremos en un próximo capítulo, que por consecuencia de la invasión reciente de un número inmenso de elementos inferiores no asimilables, está amenazada de una guerra civil gigantesca y de dividirse, constituyendo multitud de Estados independientes y en constante lucha recíproca, como están los de Europa.

cas. Pues bien, por el solo hecho de que la raza que constituye tales repúblicas es diferente y falta de las cualidades fundamentales de la que puebla los Estados Unidos, viven constantemente aquellas naciones dadas á sangrienta anarquía, y no obstante la viveza del sol que les alumbra, ensombrecen su vida unas y otras con toda clase de dilapidaciones, errores y despotismos.

Hay que leer la notable é imparcial obra de T. Chid, sobre las repúblicas hispanoamericanas, para apreciar la profundidad de su decadencia. Las causas se hallan por completo en la constitución mental de una raza sin energía, voluntad ni moralidad. La ausencia de moralidad, sobre todo, supera cuanto nosotros conocemos de peor en Europa. Refiriéndose á una de las poblaciones más importantes, Buenos Aires, el autor citado dice que allí no puede vivir á gusto ninguna persona de conciencia algo escrupulosa. Respecto á una de las repúblicas iberoamericanas menos degradadas, la Argentina, el mismo escritor añade: «Que examinando esta República desde el punto de vista comercial se queda uno admirado de la inmoralidad que observa por doquier.»

En cuanto á las instituciones, ningún ejemplo hay que muestre mejor hasta qué punto son hijas del carácter de las razas y la imposibilidad de transportarlas eficazmente de un pueblo á otro. Es muy interesante conocer cómo se transforman

las liberales instituciones de los Estados Unidos, transplantadas entre una raza inferior. «Los países—nos dice hablando de varias repúblicas hispanoamericanas Mr. Chid—están bajo la férula de presidentes que ejercen una autocracia semejante á la ejercida por el zar de todas las Rusias, y más absoluta aún en todo aquello que está al abrigo de las importunidades y de las censuras europeas. El personal administrativo está compuesto de hechuras de aquéllos exclusivamente...; los ciudadanos votan allí como mejor les parece, pero no se hace caso alguno de sus sufragios. La República Argentina no es una república más que de nombre: en realidad es una oligarquía formada por gentes que hacen de la política un comercio.

Un solo país, el Brasil, había escapado á esta profunda decadencia, gracias al régimen monárquico que ponía el poder al abrigo de la competencia. Demasiado liberal aquel régimen para una raza sin energía y sin voluntad, acabó por sucumbir, y al mismo tiempo el país cayó en plena anarquía, y en pocos años, los hombres encargados del Gobierno han dilapidado el tesoro público, de tal modo que los impuestos han tenido que ser recargados en más de un 60 por 100.

Y no es sólo en política donde se manifiesta la decadencia de la raza latina en la América del Sur, sino en todos los elementos de su civilización. Abandonadas á sí mismas, estas repúblicas torna-

rán á la barbarie. Toda su industria y todo su comercio hállanse en manos de extranjeros: ingleses, yanquis y alemanes. Valparaíso ha venido á ser una población inglesa; y en Chile no quedaría nada si se le quitase el baño que le prestan los extranjeros. Gracias á éstos, aquel país conserva el barniz exterior de civilización que aún engaña á la Europa. La República Argentina cuenta 4 millones de blancos, de origen español, y acaso no haya uno solo de ellos á la cabeza de una empresa industrial de verdadera importancia.

Esta espantosa decadencia de la raza latina abandonada á sí misma, frente á frente de la prosperidad de la raza inglesa establecida en un país vecino al que aquélla ocupa, es una de las más sombrías, más tristes y más instructivas experiencias que se pueden invocar en apoyo de las leyes psicológicas que yo he expuesto.

CAPITULO III

CÓMO LA ALTERACIÓN DEL ALMA DE LAS RAZAS MODIFICA LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS

La influencia de elementos extranjeros transforma necesariamente el alma de una raza y por tanto su civilización.—Ejemplo de los romanos.—La civilización romana no fué destruída por las invasiones militares, sino por las invasiones pacíficas de los bárbaros.—Los bárbaros nunca pensaron destruir la civilización romana.—Sus invasiones no tuvieron el carácter de conquistas.—Los primeros jefes francos se consideraron siempre como funcionarios al servicio del imperio romano.—Ellos respetaron siempre la civilización romana y no pensaron sino en continuarla.—Hasta el siglo VII los jefes bárbaros de las Galias no dejaron de considerar á los emperadores de Roma como sus soberanos.—La transformación completa de la civilización romana no fué el efecto de una destrucción, sino la adopción de una civilización antigua por una raza nueva.—Las invasiones modernas en los Estados Unidos.—Luchas civiles y separación en Estados independientes y rivales que se preparan.—Las invasiones de los extranjeros en Francia y sus consecuencias.

Los ejemplos que hemos citado demuestran que la historia de los pueblos no depende de sus instituciones, sino de su carácter; es decir, de su raza. Además hemos visto, estudiando la formación de las razas históricas, que el cruzamiento produce su